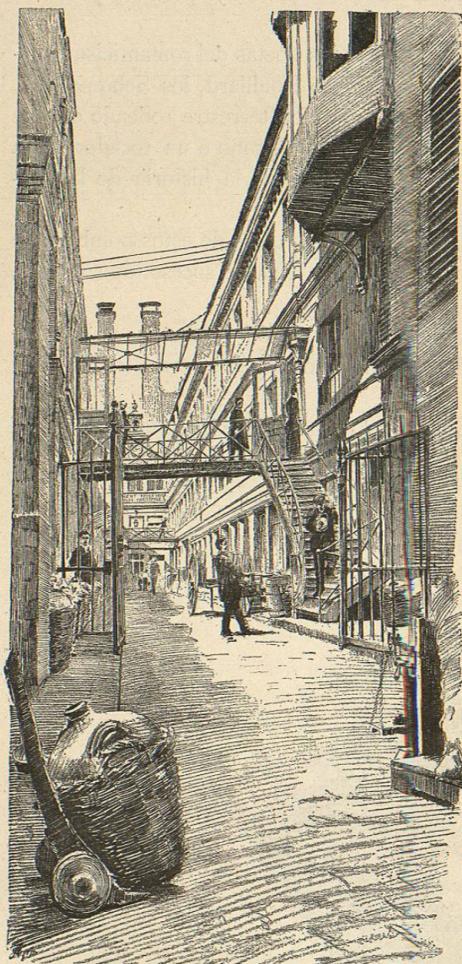


## II

UNA TIENDA DE ORFEBRERÍA EN EL SIGLO XVIII Y UN TALLER DE HOY



Patio de los talleres de los Sres. Christoffe, en París

crisoles, algunas bigornias, un tornillo grande, un yunque, un mortero de hierro con su mano de lo mismo, martillos, limas, compases, sierras, cinceles y balanzas. Nada más. Tal era el modesto instrumental que tenía entonces el taller más activo de platería, cuyas obras se disputaban los ricos aficionados de la época.

Por lo demás, la casa tampoco necesitaba muchos departamentos: dos piezas, una para la venta, que daba á la calle, y otra interior, ó bien en el primer piso: no necesitaba más.

Puede verse en la Exposición, á uno de los lados bajos del palacio de las Artes liberales, consagrado á la *Historia del Trabajo*, una tienda de platero del siglo XVIII. Es la tienda de los Germain, situada antiguamente en la calle de *Orties*, y de donde salieron tantas maravillas. Con su delantera pintada de verde y su portezuela vidriera de tres cuadros, tan estrecha que apenas dejaba pasar una luz vaga al interior, se tomaría más bien por un tenducho de mísero artesano que por el taller de los gloriosos artistas, cuya casa secular contaba con la clientela de todas las cortes de Europa y recibía de visita lo más selecto de la aristocracia francesa.

En este reducto, que no deja de ser pintoresco y hasta elegante, digámoslo así, los organizadores de la Exposición han puesto los pocos instrumentos de que se servían los antiguos plateros y que bastaban en otro tiempo para ejecutar las admirables obras que se conocen. La restitución es de exactitud completa. No ha sido menester más que dejarse guiar por el inventario detallado del mobiliario de Pedro Germain, que M. Germain Bapst, erudito hartó conocido, publicó recientemente.

Estas herramientas son por demás sencillas. He aquí en primer lugar el banco que servía para tirar ó extender los metales; después un fuelle de fragua, algunos pares de pinzas, tenazas de forjar, muchos

Poco más ó menos, podemos figurarnos bajo un aspecto idéntico las antiguas tiendas de orfebrería de las épocas precedentes, las de la Edad media ó las otras de que nos habla tan largamente en sus *Memorias* Benvenuto Celini. Nada de instrumental ruidoso ni complicado; operarios silenciosos y atentos sólo á su delicada tarea, con la cabeza inclinada sobre la bigornia, pequeño yunque de puntas alternativamente agudas y redondas para la fabricación de piezas de todas formas, ó bien reuniendo con sus ágiles dedos menudos ornamentos de oro y de plata, calados como encajes, en que otras manos finas y sutiles pasan y repasan la lima y el cincel. Sobre todo esto, el ojo del amo, que vigila su orquesta de artistas, da el tono, corrige y aprueba. A estas fechas, algunos talleres de orfebrería son aún idénticos, como por ejemplo, los de los hermanos Faniere y Bapst y Falize.

Pero es la excepción. Si se quiere comprender toda la extensión de la revolución que se ha operado en el arte de la orfebrería, hay que comparar el espectáculo que nos ofrece la exigua tienda de los Germain, cuya descripción acabamos de hacer, con el cuadro de una fábrica moderna, como la de los Christoffe, por ejemplo. Y cito ésta por ser la más importante que existe entre nosotros.

Nada parece cambiado en los resultados, y sin embargo, todo difiere en los medios de ejecución. Antes sólo la mano del obrero martillaba, laminaba, preparaba el metal; ahora es la máquina la que hace todo esto. Antes, tres ó cuatro personas trabajaban en la sombría atmósfera de una trastienda, ejecutaban lentamente martillando á golpecitos, cincelando, esmaltando las piezas modeladas allí mismo y que no salían del taller sino acabadas; ahora centenares de operarios divididos en categorías, instalados según su especialidad en vastos departamentos distintos y sirviéndose alternativamente de cierto número de instrumentos movidos por vapor, que economizan sus fuerzas, se emplean en la producción centuplicada de los mismos objetos.

La química añade á la mecánica nuevos recursos para el decorado del metal. No se trabajará mejor acaso, pero se trabaja más económicamente. La ciencia ha transformado la herramienta, el instrumento, el medio de ejecución, y modificado casi totalmente las condiciones de la mano de obra: es siempre el pensamiento único del jefe que dirige tantos esfuerzos dispersos y conduce tantos elementos que han venido á ser formidables.

Pero este jefe ó director no está ya, como el platero antiguo, presente siempre en el taller y obrando ante la pequeña escuadra de artistas; está, como el general de nuestros ejércitos modernos, imprimiendo movimiento á masas innumerables, que no podría abarcar con la vista y cuya dirección, solicitada por elementos infinitos, debe dominar en todas partes á la vez.

Creo necesarios aquí algunos ejemplos precisos. Conocido es el procedimiento fundamental que sirve de tiempo inmemorial para la ejecución de los objetos de orfebrería.

Este procedimiento consiste en extender y laminar á martillo las barras de oro ó de plata. ¿Se quiere convertir esta lámina en un vaso, por ejemplo? El platero traza en el centro de la hoja un círculo marcando la parte que debe quedar llana y servir de envase; después, golpeando el metal con tiento de manera que el martillo no caiga más que una sola vez sobre el mismo punto, le da poco á poco una forma esférica, es decir lo deja cóncavo por un lado y convexo por otro. Cuando ha conseguido aproximar los extremos de la lámina, de manera que afecte la forma de un cilindro, continúa su obra haciendo

siempre uso del martillo, restringiendo el cuello del vaso y dando á la panza ó seno el perfil que le plazca.

Pero una vez obtenida la forma del objeto, procede el decorado y entonces se aplica el procedimiento del repujado: se llena el vaso de mástico, y ya con esta consistencia, puede el artista, armado de cincel y martillo, ahondar más ó menos profundamente, los adornos y figuras cuyo contorno ha dibujado previamente en la superficie. El mástico cede sin dificultad al martillo y el metal se deprime al choque del cincel sin romperse ni abrirse.

He aquí en definitiva explicado el principal trabajo del platero, prescindiendo de múltiples detalles y pasando por alto otras muchas operaciones, como la fundición de ciertos ornamentos, la soldadura, el esmalte, el nielaje, la oxidación, en una palabra, todo lo que concierne al decorado que puede variar al infinito.

Dicho esto ¿en qué proporción han cambiado las máquinas las condiciones de la fabricación? Ciertamente, para contestar de una manera satisfactoria á semejante pregunta, sería preciso entrar en desenvolvimientos técnicos que no tienen lugar adecuado en esta rápida reseña; bástenos recordar algunos de los instrumentos empleados para la gran fabricación de orfebrería.

Así pues, en vez de aplicar á esta obra el pausado procedimiento de la conformación á martillo, de que hemos hablado más arriba, empléase el torno, que hace mover un cilindro cóncavo, sobre el cual se apoya la plancha de metal, y ésta por la fuerza de la rotación toma la forma que se quiere. Con esto, en lo que el obrero antiguo invertía muchos días de labor para dar á su lámina la forma de un vaso, invierte ahora el artista moderno apenas un minuto.

De la misma manera, en vez de batir á martillo los lingotes de metal, como se hacía antiguamente, para obtener hojas de uno ó dos milímetros de espesor, se emplean ahora laminadores mecánicos, que comprimen la masa de oro ó de plata y la adelgazan instantáneamente hasta el punto que se quiere.

En cuanto á los ornamentos, que en otro tiempo era menester repujar ó modelar, fundir y cincelar, se obtienen ahora á millares, gracias á las matrices de acero grabadas en hueco, en las cuales recibiendo las hojas de metal los múltiples golpes de un instrumento adecuado y mecánico también, reproducen relieves de una perfección rigurosa.

Finalmente, con las máquinas, con la electricidad, con la galvanoplastia, se hacen á gusto y voluntad del platero contemporáneo, las operaciones del labrado, del damasquinado, etc., que han permitido aplicar procedimientos de decorado de mucho tiempo olvidados ó desconocidos hasta aquí.

Después de este preámbulo, destinado á indicar las diferencias esenciales que caracterizan los trabajos de orfebrería, podemos, con agrado de nuestros lectores, hacer una visita á los establecimientos de MM. Christofle, pues nada vale más que la demostración palpable.

Ante todo conviene notar que estos establecimientos, únicos en su género, ofrecen la síntesis más completa que puede imaginarse del trabajo de los metales. En ellos se ejecuta:

- 1.º La orfebrería de arte propiamente dicha;
- 2.º Los objetos de oro, de plata ó de cobre esmaltado;
- 3.º La gruesa y la menuda orfebrería de mesa, bien de plata, bien de aleaciones plateadas ó doradas por los procedimientos electro-químicos;



Vaso de plata repujado

4.º Los grandes objetos estatuarios obtenidos por la galvanoplastia.

Estas cuatro ramas de una industria verdaderamente gigantesca, ocupan, según una memoria oficial de 1881 que tengo á la vista, un personal de 1-320 operarios repartidos en tres fábricas, una situada en París, en la calle de *Bondy*, otra en *Saint-Denis* y la tercera en *Carlsruhe*.

En la de *Saint-Denis* es donde se hace el refinaje del níquel y donde funcionan máquinas extraordinarias, habiéndose inventado muchas de ellas para las necesidades de una fabricación, que, no

teniendo equivalentes, exigía un material inédito, que perfecciona sin cesar el eminente ingeniero y codirector M. E. Bouilhet. Una cifra bastará para dar idea de la actividad que reina en esta manufactura: en ella se fabrican *diariamente más de cuatrocientas docenas de cubiertos*; y la delgada capa de plata depositada por el baño electro-químico en los objetos que han salido de la fábrica desde la fundación de la casa, representa un peso de *doscientos setenta y cinco millones de gramos*, cuya masa, con el espesor ordinario de la capa de los cubiertos, hubiera bastado para revestir dos veces los ochocientos cuarenta mil metros cuadrados de los palacios y jardines de la Exposición actual. ¡Admirable industria, en verdad, la que hace en apariencia los mismos servicios que en realidad y que encarna toda la significación de una época!

Como esta fábrica produce por sí misma todo lo que emplea para la fabricación sin demandar nada afuera, ni aun el material de que se sirve, bien se comprenderá que es imposible emprender aquí una descripción minuciosa. Pero bajo el punto de vista pintoresco ¡qué de cuadros habría allí para un pintor! ¡Cuántas escenas divertidas en aquellos vastos edificios, provistos de aparatos especiales, extraños, curiosos, y de un personal que parece variar de aspecto de sala en sala, de taller en taller! ¡Y cuántos talleres y salas!

Las mujeres desempeñan también su papel en esta prodigiosa colmena, y la delicadeza de sus dedos, la gracia y rapidez de sus movimientos tienen indescriptible encanto.



Cafetera, estilo Renacimiento, de plata repujada

Viniendo ahora á la Exposición, la orfebrería está digna y honrosamente representada en ella por la magnífica instalación Christofle.

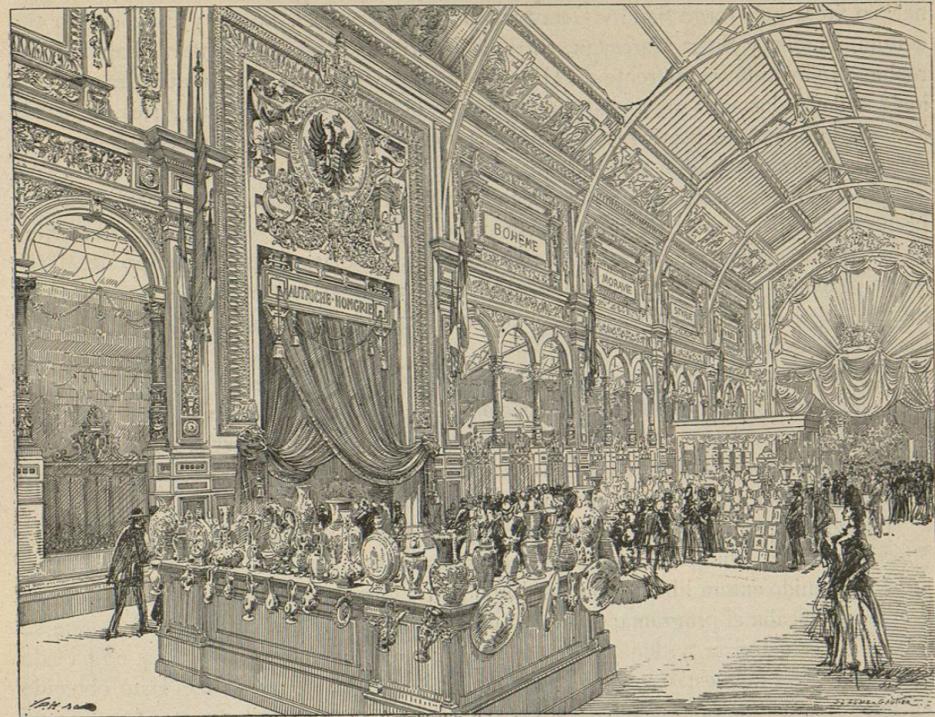
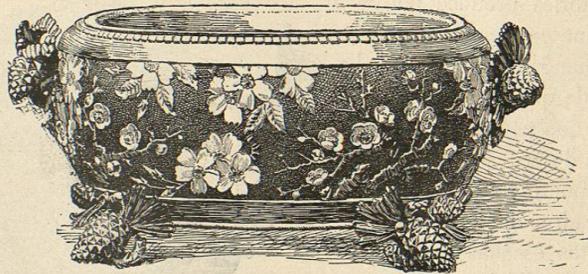
Pero la verdadera maravilla, en argentería de mesa, es el gran servicio, estilo Regencia, de plata repujada, servido á la antigua moda francesa, con su sopera, sus cacerolas, sus chofetas, sus canastillos, sus salseras y vinagreras. Cada una de estas piezas de por sí es una obra maestra de gracia y primor de ejecución.

Al lado de esta opulenta argentería, hay que poner el velador, también de plata, cargado con su servicio completo de te. ¿Quién será la reina de la elegancia contemporánea que tenga el buen gusto de hacer figurar en sus *five o'clock tea* este modelo de gracia encantadora y primorosa ejecución?

También sería preciso hacer mención honorífica de las fuentes de plata en que se han cincelado follajes, arbustos, flores silvestres y gramíneas con tal precisión, que se creería tener en las manos los objetos mismos que la naturaleza produce y que se han metalizado aquí, como otros se petrifican.

Todo esto está ejecutado por los procedimientos de los antiguos plateros, ó poco menos, es decir, con esos instrumentos poco complicados que hemos visto ya en la tienda de los Germain, reproducida en el Palacio de las Artes liberales; y todo lleva el sello personalísimo del escultor, la marca del repujador ó cincelador y el temple de la herramienta, en una palabra, que tiene un encanto particular, que no puede darle la inanimada y fría máquina.

VÍCTOR CHAMPIER.



Fachada de la sección austro-húngara

LAS

## FACHADAS DE LAS SECCIONES EXTRANJERAS

La falsa ciencia debe inspirar á todos los caracteres independientes tanto horror como desprecio. Este vicio, que acaba por imponerse á los temperamentos mejor organizados, es en extremo peligroso, porque se cubre con una máscara hipócrita capaz de seducir á los inocentes ó sencillos y hacer tomar por obra de arte lo que es precisamente la negación absoluta de toda manifestación artística. El arte es ese misterioso é indefinible poder, ese don natural que engendra las obras maestras: la falsa ciencia, la afición inconsciente y presuntuosa, no alcanza mayor nivel que el oficio de un calderero. Y todavía se inclinan más mis simpatías personales al honorable calderero que, por ejemplo, á Jacquet, Vibert ó Bouguereau, esos doctores de falsa ciencia.

La ignorancia, en efecto, no ofrece ninguna inquietud por sí misma, como quiera que, pasiva y modesta, es el suelo virgen dispuesto á recibir la semilla y á dejar ingenuamente que germine el grano que se deposite en su seno. Pero la falsa ciencia, el mal gusto, la nulidad pretenciosa, la lección aprendida de memoria, es una roca en que nada brota.